

# Edith Fischer

## “LA MÚSICA ES COMO LA NATURALEZA: COMPLETA Y SIEMPRE MÁS GRANDE QUE NOSOTROS”

A los 90 años, la pianista chilena repasa su formación con Claudio Arrau en Nueva York en los cincuenta, el episodio de violencia del que fue víctima en pleno auge de su carrera en Europa y cómo la salvó la música. Hoy, tras una delicada operación al corazón, sigue en los escenarios, activa, exigente y entregada: “Vivo para eso”, asegura.

POR MURIEL ALARCÓN



**Arrau escribió cartas a sus contactos en Europa para abrirle camino.** En una de ellas, decía: “Por favor, escúchenla y préstense su más sincera atención y sus consejos. Aunque es pequeña, algún día puede sacudir el mundo”.

Fischer estaba en el cumpleaños de su hijo cuando supo de la muerte de su padre. Le habían desaconsejado viajar a Ciudad de México por la altura y sus problemas cardíacos, pero se negó a cancelar. “Le interesaban estos conciertos”, dice. Tiempo después, recibió en Europa una postal que él le escribió antes de subir al escenario. “Estuvo feliz ese día”, recuerda.

Cuando sus hijos crecieron, Fischer comenzó a dar clases y formó a músicos profesionales, como el compositor y pianista argentino Jorge Peppi. Tras separarse de su marido suizo, inició una relación con Peppi, 27 años menor, y luego se casó con él. En Chile, asegura, nunca la miraron raro por estar emparejada con un hombre mucho más joven. “Yo siempre he estado en un ambiente, a lo mejor un poco especial aquí en Chile”, explica.

Edith y Peppi crearon juntos una escuela de música itinerante, hoy conocida como “Cours International”, y fundaron el festival “Semaine Internationale de Piano de Blonay-St.-Légier”, que este año cumple 36 años, con clases magistrales y conciertos.

En Europa, Fischer es reconocida como maestra de cuatro generaciones. Hoy, algunos de sus alumnos enseñan en China, Japón, Suiza y España, donde vivió y dio clases en Barcelona durante una década. “Tengo la impresión de que la enseñanza es lo más importante que uno hace”.

Cuando volvió a los escenarios, su nombre ya tenía peso. Con el tiempo, su relación con Arrau también cambió. “Dejé de ser la niña”, dice. “Pasó a ser (un vínculo)

más cercano y un poquito un intercambio”. Décadas después, recuerda su última conversación con él, días antes de su muerte. “Me contó que estaba un poco nervioso, porque no había tocado varias veces, porque había tenido un problema con un hombro, y era su primer concierto después de eso”, dice. “Me dijo: ‘Tienes que tocar mucho, porque si no lo haces, la música se acaba’”.

Con los años, Fischer tomó real dimensión de ser aprendiz de Arrau. “Me di cuenta muy tarde del significado de ciertas cosas a las que no les di peso. Como que en la clase, por ejemplo, Arrau estaba así, muy emocionado. Eso quiere decir que estaba sonando más o menos bien. Pero no me daba cuenta de lo raro que es eso: que en una clase un profesor se emocione”, dice.

Hoy, ve un desafío en la formación de nuevas generaciones, que, en lugar de desarrollar su propia interpretación, se limitan a tomar ideas de otros. “Esto hace que haya mucho menos desarrollo de personalidades en la música”.

Luego dice que la música, en lugar de profundizar en su dimensión expresiva o artística, se ha vuelto “más superficial”. Los avances en grabación y producción han perfeccionado tanto la técnica que “hay un alarde de virtuosismo muy grande”. Muchas interpretaciones impresionan por su velocidad, pero pueden carecer de profundidad. “Hay gente que se acerca (a ella) como un deporte o una competición así deportiva. Todos se quedan con la boca abierta. ‘¿Cómo puede tan rápido y tan fuerte y tan no sé qué?’. Pero ¿y qué? La música se ha puesto al servicio de otras cosas”, dice. Luego se corrige: “Pero todavía existe. El que la gente llora cuando escucha algo que le gusta muestra que existe”, añade.

Hace casi dos décadas, Fischer y Peppi decidieron instalarse en Chile. “No me he arrepentido ni un solo momento”, dice sobre su regreso. “Uno tiene un contacto diferente con el país donde nació y con su naturaleza. Nada me emociona tanto como la naturaleza en Chile. Y la gente, además”, dice. “Además, en Europa está todo hecho, en cambio aquí uno tiene la impresión de que todavía vale la pena hacer cosas”.

En Chile, Fischer participa en actividades universitarias y escenarios nacionales, y estos últimos años ha recibido reconocimientos como el del Premio a la Música Nacional “Presidente de la República 2022”, y el del “Círculo de Críticos de Arte”. A pesar de que en su país ha enseñado menos que en Europa, la docencia ha sido una constante en su vida. Incluso después de que en 2021 su vida diera un vuelco. Durante la pandemia, comenzó a sufrir mareos y caídas que la llevaron a urgencias. Luego vino el infarto. Consultó a varios médicos hasta encontrar un cirujano dispuesto a operarla. Algunos se negaron por su edad.

Tras la operación, con tres *bypass* coronarios, dice que ha puesto un poco más de freno a ciertas cosas: evita compromisos sociales, se priva de caminar demasiado y ya no maneja. También dejó su parcela en Curacaví, donde vivía con Peppi, y se separó de él, para mudarse a Santiago, donde vive sola y toca el piano a diario. El resto, sigue igual: “Me dijo el doctor: ‘Quedó cero kilómetros’”, dice. Y agrega: “Siento una libertad muy agradable de decidir lo que quiero, a qué hora lo quiero. Libertad de acción, de horario y todo”.

Su disciplina, lejos de disminuir, marca su vida. “Me guardo mis energías para estudiar lo mejor posible y para los viajes que son necesarios”. Tras celebrar su cumpleaños en Suiza, Fischer será homenajeada en la radio Suisse Romande con un concierto que incluirá su interpretación y las de sus alumnos. Luego continuará en Ámsterdam, donde será jurado y dará otro concierto. Después viajará a París para tocar con una amiga y más tarde a Londres, donde impartirá una *master class* en la Royal Academy of Music. Su siguiente destino será Tenerife y luego Chile, donde a fines de abril tocará con Alejandra Urrutia y la Orquesta de Cámara. En junio, se presentará en el Teatro Municipal. Tiene fechas confirmadas hasta marzo de 2026.

“Tengo mucho trabajo, pero en este momento estoy tratando de repetir los programas. Hay gente que toca muchísimo, pero tocan todo el año por todos lados el mismo programa. Yo nunca lo había hecho. Tampoco lo estoy haciendo ahora cien por ciento, pero estoy poniéndome razonable en ese sentido”, dice. Luego explica que a ella le “encanta hacer lo más posible”.

Reconoce que se siente asombrada por sus 90 años. “No hubiera pensado nunca que iba a durar tanto. Lo encuentro fantástico. Me siento estupendamente y tengo bastante energía”, dice. Su energía la ocupa “para preparar todo lo que tiene que hacer”, agrega. “Vivo para eso”. S

**En el centro del escenario.** Edith Fischer toca el piano apenas mirando la partitura. Durante su interpretación de “Alborada del gracioso” de Ravel, sus manos recorren ágiles el teclado con precisión. Su rostro, inmóvil, es de una concentración absoluta. La pieza exige velocidad y cambios bruscos de ritmo, todo aquello que domina tras una carrera iniciada a los seis años y que, a los 90, la ha consagrado como maestra en Europa y la pianista chilena más respetada y vigente de su generación.

En el auditorio del Hotel Portillo, acondicionado para inaugurar la sexta edición anual de su Festival Internacional de Música, a 2.800 metros sobre el nivel del mar, medio centenar de jóvenes músicos de instrumentos de cuerdas y vientos, y diez maestros musicales llegados de países como Alemania, Estados Unidos y Colombia, siguen su interpretación que lleva más de una hora. El sonido del piano domina el espacio. Hay varios, en las primeras filas, conmovidos.

Falta una página para el final, cuando Fischer se aparta un mechón de pelo de la cara. Luego otro. Lo repite una vez más. Y, de pronto, detiene la ejecución.

—Perdón —dice, poniéndose de pie.

El público se estremece. Luego, los aplausos irrumpen, sostenidos. Fischer sigue junto al piano, pidiendo disculpas. Los aplausos crecen, cada vez más fuertes.

Desde su llegada, la altura la había afectado. Durante el día sintió mareos, pero decidió tocar de todos modos. La responsabilidad de inaugurar la semana en la que cuartetos de cuerdas y quintetos de viento interpretan música clásica en plena cordillera de los Andes la obligó a subirse al escenario pese a las molestias. Pero lo que la sacó de la música no fue un error ni un olvido: fue la sensación de quedarse sin aire.

De pronto, un recuerdo irrumpió sin aviso: su padre, el violista Zoltan Fischer, desplomándose sobre el escenario en plena gira oficial con el Cuarteto Santiago, en 1970, en Ciudad de México. Había sido invitado a tocar, pero él no terminó el

concierto. Un ataque al corazón lo mató sobre las tablas. Ella se lo repite, como quizá él lo hizo entonces: “No, no. Detente, para”.

Segundos después, la directora de orquesta chilena Alejandra Urrutia aparece en el escenario con una torta en la que se lee “Feliz día”. El público de Portillo le canta “Feliz cumpleaños” por sus 90 años. Varios se acercan aún aplaudiéndole. Fischer sonríe emocionada, pero el recuerdo sigue allí.

Horas después del concierto, Fischer toma un Earl Grey en el living principal del Hotel Portillo. Las puntas de los Tres Hermanos, las cumbres icónicas de la cordillera de los Andes, se cuelan por unos ventanales. No es la primera vez que le cantan el cumpleaños en un escenario; recuerda cuando ocurrió en Nueva Zelanda, entre gritos maoríes. Volverá a suceder en unos días, cuando regrese a Suiza, el país donde construyó y catapultó su carrera al mundo, crió a sus tres hijos y visita cada año, aunque hace dos décadas decidió volver a vivir en Chile.

En Portillo, cada cierto rato, una melodía interrumpe el silencio. Son los jóvenes músicos invitados al festival que ensayan. Un violín aquí, una flauta allá, una viola más lejos, un chelo de fondo. Su vida ha sido esto: escenarios, partituras, música en los pasillos.

“Estoy un poco acostumbrada a esto —dice, mientras da otro sorbo a su té. “La gente que está haciendo música no le hará nunca daño a nadie. Todo lo contrario...”.

Para Fischer es complicado definir aquello que transmite la música que no logran las palabras.

“Se podría llamar que Dios está en la música, lo que sea Dios para uno, porque puede significar cosas distintas. Pero la música es algo total. La música es como la naturaleza: completa y siempre más grande que nosotros. Si alguna vez uno se siente preocupada, basta con sentarse, mirar los cerros y preguntarse: ¿quién soy yo en medio de todo esto? La música, al igual que la naturaleza, es algo total también”.

Aunque su repertorio es “bastante vasto”, admite que no lo abarca todo. Evita interpretar obras con las que no se siente completamente afin, especialmente cuando considera que otros pue-

den hacerlo mejor. Fischer se inclina por Beethoven, donde reconoce: “Siempre me siento bien”.

Entre sus hits destaca haber interpretado en trece ocasiones el ciclo completo de las 32 sonatas de Beethoven en escenarios de ciudades como Zúrich, Londres, Barcelona, París. “Se nota una evolución enorme entre las primeras sonatas, escritas en su juventud, y las últimas, donde los elementos que afloran son más místicos”, dice sobre el ciclo, que suele dividirse en siete recitales. También el de compartir escenario con decenas de destacados directores como el italiano Roberto Abbado, el chileno Juan Pablo Izquierdo y el británico Sir John Barbirolli, además de colaborar con orquestas de renombre, como la Liverpool Symphony Orchestra, la Camerata Lysy y la Orquesta Sinfónica de Asturias, y ganar premios como el del Concurso Internacional de la Radio de Múnich y el de la Sociedad de Letras y Arte de París.

Desde niña, su destino parecía marcado. Hija mayor de los fundadores de la Escuela Moderna de Música en los cuarenta, el húngaro Zoltan Fischer y Elena Waiss, también pianista chilena, su primer juguete fue un piano. Sus primeras maestras fueron su madre y su abuela, Ana Band, también pianista. Su hermano, Edgar, siete años menor, es chelista. Su sobrino, Rodolfo, es director titular de la Orquesta de Cámara de Valdivia.

El talento parecía estar en sus manos desde el inicio, pero hubo más que herencia: disciplina constante. A los ocho años, Fischer dejó de asistir al colegio para estudiar en su casa y dedicarse por completo a la música. Su primer concierto fue a los once, cuando, con fiebre, subió al escenario del Teatro Bandera en Santiago para interpretar a Bach, Mozart y Chopin. Insistía en que no estaba enferma. El concierto, recuerda, salió perfecto. “Porque uno controla el cuerpo, porque hay algo más importante que manejar. Me acuerdo que terminé, toqué un bis y mi papá llegó y me dijo allí: ‘Eso no lo cambies nunca. Tócalo siempre así’. Y me acuerdo del instante y de la emoción y de la felicidad. A mí me habían preparado muy bien”.

A los trece, tocó por primera vez con la Orquesta Sinfónica Nacional a petición del director Hermann Scherchen, quien la había escuchado en su casa, donde interpretó el Concierto para piano n.º 17 en sol mayor de Mozart. En 1952, a los 17 años, su formación la llevó a obtener la beca Miss Helen Wessel, otorgada por el Instituto Chileno Norteamericano de Cultura, para estudiar en Nueva York con Claudio Arrau. “Era ir a otro mundo”. Fischer reconoce que, intelectualmente, era relativamente madura, porque había leído mucho. Me interesaba por cosas de religión hindú y un poco de política”. Arrau, entonces, era para Fischer “el pianista más grande que yo conocía”. Lo había visto en Chile y, como sus padres estaban en el medio musical, consiguieron que él la escuchara. Era “muy amable y muy caballero siempre, nunca brusco”.

Su paso por Nueva York fue breve, pero determinante. Arrau escribió cartas a sus contactos en Europa para abrirle camino. En una de ellas, decía: “Por favor, escúchenla y préstense su más sincera atención y sus consejos. Aunque es pequeña, algún día puede sacudir el mundo”.

Fischer recuerda que, al llegar a Europa, le “fue estúpido. Y tuve contrato de todo tipo”. Fue un período virtuoso, pero también difícil. Mientras avanzaba en su carrera, fue agredida por su primera pareja, un lituano nacionalizado suizo que estudiaba derecho. “Nos íbamos a casar y yo no me di cuenta de que él era esquizofrénico y terminó internado. Fue horrible, porque fue muy violento. Fui a recibir mi premio Dinu Lipatti (el galardón como la artista más prometedora del año) a Londres con un suéter con el cuello (alto), porque tenía marcas por aquí (señala su cuello)”, dice. “En un momento dado, pensé: cuando uno lee a Dostoievski, sus personajes parecen tan locos que quizás eso era normal allá. Pero no, él estaba enfermo”. “Me marcó mucho. Pero ahí, de alguna manera, salí a flote tocando”, dice. Y luego agrega: “La música me llevó, en primer lugar, a seguir viviendo. Porque hubo un momento en que uno se dice: No puedo más. Esto no tiene sentido. Se murió una parte de mí”.

Con el tiempo, conoció a su primer marido, un ingeniero suizo, “buena persona”. Fischer tuvo tres hijos: Patricia, Isabel, Roberto. Asegura que nunca se sintió discriminada por ser mujer, “porque cuando uno tiene hijos, se discrimina sola”. Pero sí reconoce que hubo ocasiones en las que rechazó oportunidades. “Nunca dejé de tocar, jamás, pero no pude seguir el ritmo que hubiera exigido”.



“No hubiera pensado nunca que iba a durar tanto. Lo encuentro fantástico. Me siento estupendamente y tengo bastante energía”, dice a sus 90 años.